

Misa negra

Misa negra
La religión apocalíptica
y la muerte de la utopía

JOHN GRAY

TRADUCCIÓN DE ALBINO SANTOS MOSQUERA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Black Mass

Copyright © 2007, JOHN GRAY
All rights reserved

Primera edición: 2017

Traducción
© ALBINO SANTOS MOSQUERA
Derechos cedidos por ESPASA LIBROS S.L.U.

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2017
Paris 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión
COFÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-47-4
Depósito legal: M-11472-2017

Impreso en España

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
MISA NEGRA	11
1. La muerte de la utopía	13
2. La Ilustración y el Terror en el siglo xx	61
3. La utopía se introduce en la corriente dominante	113
4. La americanización del apocalipsis	159
5. Misioneros armados	215
6. El postapocalipsis	269
NOTAS	307
ÍNDICE ANALÍTICO Y ONOMÁSTICO	327

«EL SENADOR: Ése es un abismo hacia el que es mejor no mirar.
EL CONDE: Amigo mío, no somos libres de no mirar».
JOSEPH DE MAISTRE, *Las veladas de San Petersburgo*¹

Misa negra (definición): ritual sacrílego en el que la misa cristiana se oficia al revés.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que me han ayudado a escribir este libro. Norman Cohn me otorgó el inmenso beneficio de su conversación y sin ella yo no habría podido desarrollar la interpretación de la política y la religión modernas que aquí se presentan. También se han introducido en el libro, de formas diversas, otras conversaciones mantenidas con Bryan Apple-
yard, Robert Colls, Michael Lind, Adam Phillips y Paul Schütze. Simon Winder, mi editor en Penguin, me ha proporcionado sugerencias y ánimos inestimables en todas y cada una de las fases de desarrollo del libro. Tracy Bohan (de la Wylie Agency UK) en Londres y Eric Chinski (de Farrar, Straus and Giroux) en Nueva York, así como Nick Garrison (anteriormente en Doubleday Canada y, actualmente, director de comunicaciones de la empresa medioambiental Zero Footprint), han sido de gran ayuda con sus comentarios. Estoy sumamente agradecido a David Rieff por sus penetrantes reflexiones ante uno de los borradores finales. En cualquier caso, yo asumo toda la responsabilidad de la presente obra.

Mi mayor deuda es con Mieko, que hizo posible este libro.

JOHN GRAY

MISA NEGRA

1. LA MUERTE DE LA UTOPIA

La política de la Edad Contemporánea constituye otro capítulo más de la historia de la religión. Los momentos de mayor agitación revolucionaria que tanto han influido en gran parte de la historia de los dos últimos siglos fueron también episodios de la historia de la fe religiosa: lances encuadrados dentro de la prolongada disolución del cristianismo y el ascenso de la religión política moderna. El mundo en el que nos encontramos en pleno comienzo de un nuevo milenio está lleno de escombros de proyectos utópicos que, aunque fueron formulados en términos laicos que negaban la verdad de la religión, funcionaron en la práctica como formas de transmisión de los mitos religiosos.

El comunismo y el nazismo afirmaban basarse en la ciencia: en el caso del primero, se trataba de la falsa ciencia del materialismo histórico, y en el nazismo, del fárrago del «racismo científico». Pese a que tales tesis eran fraudulentas, el uso de la pseudociencia no cesó con la caída de los totalitarismos que culminó con la disolución de la URSS en diciembre de 1991, sino que tuvo continuidad en las teorías neoconservadoras que afirmaban que el mundo converge hacia una única forma de gobierno y un mismo sistema económico: la democracia universal (o un libre mercado global). A pesar de haberse ataviado con los ropajes de las ciencias sociales, lo cierto es que la creencia de que la humanidad estaba a punto de entrar en una nueva era no suponía más que una nueva versión de las creencias apocalípticas que se remontan a los tiempos más antiguos.

Jesús y sus discípulos creían estar viviendo una especie de fin de los tiempos, tras el cual los males del mundo desaparecerían para siempre. La enfermedad y la muerte, las

hambrunas y el hambre en general, la guerra y la opresión: todos ellos dejarían de existir después de una batalla que conmocionaría al mundo y en la que las fuerzas del mal serían fulminantemente destruidas. Ésa era la fe que inspiraba a los primeros cristianos y, si bien la idea del «fin de los tiempos» fue reinterpretada por los pensadores cristianos posteriores como una metáfora del cambio espiritual, las imágenes del apocalipsis han sido una obsesión en la vida occidental desde aquellos lejanos inicios.

Durante la Edad Media, Europa fue sacudida por diversos movimientos de masas inspirados por la creencia de que la historia estaba llegando a su fin y, en su lugar, nacería un mundo nuevo. Pero aunque estos cristianos medievales creían que sólo Dios podía crear ese mundo nuevo, la fe en el «fin de los tiempos» no se desvaneció cuando el cristianismo inició su declive, sino todo lo contrario: con el declinar del cristianismo, la esperanza en la llegada de un punto final inminente adquirió mayor intensidad y militancia. Muchos revolucionarios contemporáneos, como los jacobinos franceses y los bolcheviques rusos, detestaban la religión tradicional, pero su convencimiento de que los crímenes y las locuras del pasado podrían desaparecer a partir de una transformación integral de la vida humana supuso una especie de reencarnación laica de toda una serie de creencias cristianas anteriores. Estos revolucionarios modernos eran exponentes radicales del pensamiento de la Ilustración, que aspiraba a sustituir la religión por una visión científica del mundo. Pero la creencia ilustrada en la posibilidad de un cambio repentino en la historia, tras el cual los defectos de la sociedad humana serán desterrados por siempre jamás, es una consecuencia del cristianismo.

Las ideologías ilustradas de los últimos siglos fueron, en considerable medida, escisiones de la teología. La historia de la pasada centuria no es la de un avance de la laicidad, como a muchas mentes biempensantes de izquierda y derecha les agrada creer. Las respectivas conquistas del poder llevadas a cabo por los bolcheviques y por los nazis fueron

levantamientos tan confesionales como la insurrección teocrática liderada por el ayatolá Jomeini en Irán. La idea misma de la revolución entendida como un acontecimiento transformador en la historia es deudora de la religión. Los movimientos revolucionarios modernos son una continuación de la religión por otros medios.

Pero no han sido solamente los revolucionarios quienes han abrazado versiones seculares de creencias religiosas. También lo han hecho los humanistas liberales, quienes ven el progreso como una lenta lucha de carácter gradual. Aunque pueda parecer incompatible imaginar que el mundo está a punto de tocar a su fin y, al mismo tiempo, creer en el progreso continuo, lo cierto es que, en el fondo, no son convicciones tan divergentes. Tanto si ponen el acento en los cambios paulatinos como si lo hacen en la transformación revolucionaria, las teorías del progreso distan de ser hipótesis científicas. Son mitos que responden a la necesidad humana de sentido.

Desde la Revolución francesa, toda una sucesión de movimientos utópicos ha transformado la vida política. Han sido destruidas sociedades enteras y el mundo ha cambiado para siempre. La reforma prevista por los pensadores utópicos no ha llegado a producirse y sus proyectos, en su mayor parte, han arrojado resultados opuestos a los inicialmente pretendidos. Pero esto no ha impedido que se hayan vuelto a lanzar proyectos similares una y otra vez hasta la actualidad, en el albor del siglo XXI, cuando el estado más poderoso del mundo ha puesto en marcha una campaña para exportar la democracia a Oriente Medio y al resto del mundo.

Los proyectos utópicos reprodujeron los mitos religiosos que habían enardecido movimientos masivos de creyentes durante la Edad Media y despertaron una violencia similar. El terror secular de la era moderna es una versión transformada de la violencia que ha acompañado al cristianismo a lo largo de su historia. Durante más de doscientos años, la fe cristiana en un «fin de los tiempos» iniciado por Dios se convirtió en la creencia de que la utopía podía ser alcanzada mediante

la acción humana. Revestidos con el atuendo de la ciencia, los anteriores mitos apocalípticos cristianos dieron pie a una nueva forma de violencia confesional.

Cuando el proyecto de la democracia universal se hundió en las ensangrentadas calles de Irak, empezó a invertirse la tendencia. El utopismo sufrió un duro golpe. Pero la política y la guerra no han dejado de ser medios de transmisión para los mitos. Actualmente, son ciertas versiones primitivas de la religión las que están ocupando el lugar de la fe secular perdida. La religión apocalíptica da forma tanto a las políticas del presidente estadounidense George W. Bush, como a las de su antagonista iraní, Mahmud Ahmadineyad. Allí donde se produce, el renacer de la religión se entremezcla con los conflictos políticos, entre los que se incluye la lucha cada vez más intensa por las decrecientes reservas de recursos naturales de la Tierra. Pero no cabe duda de que la religión ha vuelto a erigirse en un auténtico poder por derecho propio. Con la muerte de la utopía, ha resurgido la religión, pura y descarnada, como fuerza en la política mundial.

LA POLÍTICA APOCALÍPTICA

«En el Apocalipsis, leemos: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron”. Tachemos “cielo” y quedémonos únicamente con “una tierra nueva” y tendremos el secreto y la fórmula de todos los sistemas utópicos».

E. M. CIORAN¹

Las raíces religiosas de los movimientos revolucionarios modernos fueron desentrañadas sistemáticamente por primera vez en el fundamental estudio *En pos del milenio*, realizado por Norman Cohn.² Se ha señalado a menudo que, para sus seguidores, el comunismo cumplía muchas de las funciones de una religión (hecho que queda reflejado en el título de una famosa

compilación de artículos de excomunistas desencantados, *El fracaso de un ídolo*, publicada no mucho después del comienzo de la Guerra Fría).³ Cohn mostró que las similitudes iban mucho más allá de lo apreciado hasta entonces. En su momento álgido, el comunismo del siglo xx reproducía buena parte de las características de los movimientos milenaristas que conmocionaron Europa en la época tardomedieval. El comunismo soviético era una revolución milenarista moderna, como también lo fue el nazismo, aun cuando la visión del futuro que inspiraba a muchos nazis era, en ciertos sentidos, más negativa.

Tal vez merezca la pena aclarar algunos términos clave. Llamados a veces *quiliastas* —una quiliada contiene mil partes y los milenaristas cristianos creen que Jesús regresará a la Tierra y reinará de nuevo sobre ella por un período de mil años—, los milenaristas se adhieren a una concepción apocalíptica de la historia. En el lenguaje común, el adjetivo «apocalíptico» hace referencia a un suceso catastrófico, pero, en términos bíblicos, atiende más propiamente a su raíz griega, que significa «dar a conocer» o «desvelar»: un apocalipsis es, pues, una revelación en la que aquellos misterios que estaban escritos en los cielos se nos desvelan en el fin de los tiempos. Pero para los «elegidos» eso no implica una catástrofe, sino la salvación. La escatología es la doctrina de las cosas últimas y el fin del mundo (en griego, *eschatos* significa «último» o «lo más lejano»). Como ya he indicado, el del cristianismo primitivo era un culto escatológico: Jesús y sus primeros discípulos creían que el mundo estaba abocado a una destrucción inminente de la que habría de surgir otro mundo nuevo y perfecto. La escatología no siempre tiene este carácter positivo: en algunas tradiciones paganas, el significado que se le atribuye al fin del mundo es el de la muerte de los dioses y el desastre final. Esta escatología negativa, por ejemplo, era una de las vetas constitutivas de la ideología de los nazis, pese a que éstos también adoptaron una demonología típicamente cristiana. Sin embargo, fue una versión positiva de la fe apocalíptica la que alentó los movimientos milenaristas medievales y laicos, que esperaban la llegada de

un «fin de los tiempos» en el que los males del mundo desaparecerían de una vez por todas. (A veces se distingue entre milenarismo y *milenialismo*, entendiéndose por milenaristas aquellos que creen en el regreso literal de Cristo y por *milenialistas* los que esperan la llegada de algún tipo de reino sagrado. Pero, en general, no se sigue ninguna pauta sistemática en el uso de ambos términos, por lo que, salvo que se indique lo contrario, los emplearé indistintamente).*

En las formas en que ha incidido sobre las sociedades occidentales, el milenarismo es un legado cristiano. La mayoría de las religiones carece de una concepción de la historia entendida como una narración con un principio y un final. Los hindúes y los budistas consideran la vida humana como un momento en un ciclo cósmico; la salvación significa para ellos liberarse de ese círculo que nunca termina. Platón y sus discípulos de la Europa precristiana veían la vida humana de un modo muy parecido. En el antiguo judaísmo no se contemplaba nada parecido a la idea de que el mundo estaba a punto de tocar a su fin. El cristianismo estableció la creencia de que la historia humana es un proceso teleológico. La palabra griega *telos* significa «fin», término que, en inglés (*end*),** se refiere tanto al punto o momento en que acaba un proceso como al objetivo o propósito por el que ese proceso se puede justificar. Al concebir la historia en términos teleológicos, los cristianos creían que ésta tenía un fin en ambos sentidos: la historia cumplía un propósito predeterminado y, cuando éste se hubiese realizado, aquélla concluiría. Numerosos pensadores laicos, como Marx y Fukuyama, heredaron esta teleología, que subyace en sus referencias al llamado «fin de la historia». En su modo de ver la historia como un movimiento (no necesariamente inevitable, pero sí encaminado hacia un objetivo universal), las teorías

* En castellano, *milenarismo* es el término reconocido por la Real Academia y los principales diccionarios de uso del idioma. Por ello es el vocablo preferido en la presente traducción. [N. del T.]

** Y obviamente en castellano, entre otros idiomas. [N. del T.]